

Un gozar insatisfecho

La anciana barredora lleva las escobas en la espalda, en un atado de aguayo que tuvo colores, pero que ahora tiene matices de tristeza. No necesita doblar la cintura para alcanzar el suelo porque su columna vertebral, esmirriada, ha inclinado su pobreza hasta el nivel del asfaltado.

Su pupila tiene reflejos de luna porque ha esperado el sueño al imaginarlo natural. Por culpa del insomnio, antes de la amenaza de un nuevo amanecer, está jugando a esconder, con el polvo que levantan sus escobas, la desvelada forma de los postes de luz.

La avenida "6 de Octubre" se le abre más ancha que nunca por su esfuerzo disminuye con las arrugas que se le forman en las manos ateridas. Las escobas van dibujando las zetas de su camino. Las aceras quedan con el mismo trazo de sus arrugas. En cualquier fin de la noche, presentido, espeso de lamentos, puede llegar a ella el acto más privado de su vida, el de su soledad citándose con la muerte.

Su repetida ronda de la escoba ignora que circula a lo largo de una casa amiga, construida para velar por la esperanza. Doblada la espalda para arremeter contra la tierra y el frío, no ha levantado nunca la cabeza para observar que en lo alto del muro una imagen consoladora protege, con su brazo, del invierno orureño al Hijo que fue niño en un pesebre para cuidar a los viejos.

En la calle reptaba todavía la noche, intentando encaramarse a las techumbres. Dentro de esos muros, como un milagro cotidiano, siluetas femeninas de hábitos negros quieren ganarle tiempo al día encendiendo desde temprano la luz de sus corazones. De su capilla salen para trabajar la jornada entera. Su día es una plegaria cantada que se extiende desde ese momento hasta la nueva aparición de las estrellas.

El desamparo tiene una voz dolida y urgente cuando la vejez enlentece las ideas, cuando gesta la avaricia del movimiento físico como un ahorro sin intereses de las energías en deterioro. Recibir limosnas es sufrir punzones gélidos en el rostro.

Por eso en el interior de aquella casona son incansables unas religiosas, comprometidas con la caridad humana, que saben que la devoción al prójimo quebranta el golpe del hambre y desgasta el filo del frío. La sonrisa unge la docilidad del pobre.

Un amargo imaginario pudo haber pintado la estampa diaria. La abuela que deshilvana sin prisa sus recuerdos, mientras sus manos tejen con mechilla un jeroglífico intraducible.

La rodean seres múltiples, que parecen no haber sido nunca jóvenes, y que no se han movido de su posición estatuaria. No falta el inmóvil charlatán, redundante, que busca la tolerancia de la sordera para sus discursos.

Las siluetas de bondad se mueven en ese núcleo para variar la tediosa estampa, para rescatar a un ser de la indiferencia. Es actividad permanente la peregrinación sobre las horas interminables del trabajo para volver al circuito sin fin del alimento, reposo y regreso al día siguiente: un día sin aristas, repetido y con abstracción de humores.

El hogar anterior de aquellos viejos fue la intemperie, y su comida, una mazamorra opaca de angustia.

Ahora están con las hermanas que tienen la cualidad de mirar lo disimulado y de enfrentarse a la realidad de la vida cuando declina; aquellas poseedoras del amor inexplicable que no piensa en sí para desanimar el desaliento y que aportan una secreta, intangible fuerza humana para prolongar el obsequio de la vida terrenal, en la pretensión de compensar con el afecto al mundo inmisericorde.

Las únicas despiertas para develar la noche; un mediodía en su alma para dar una respuesta compasiva a la conciencia. Las monjitas del Asilo de Ancianos, ojos brillantes, sonrisa verdadera: Una franca complicidad en el goce insatisfecho de amar al prójimo.

Alfonso Gamarra Durana